

... MI COLECCIÓN DE 300 HUMITAS

Diego Fernández, el Gerente de Servicios a Socios de la CChC, es conocido por su colección de humitas, que le valen varias bromas y toda una identidad.

Por Bárbara Mayer • Foto Viviana Peláez



Santiago podrá estar cada vez más parecida a Miami con las nuevas carreteras, a Tokio con la sobrepoblación en el transporte público, o a Nueva York con la cada vez más nutrida oferta gastronómica. Pero sigue siendo poco usual que alguien se vista con humitas casi a diario. Menos, por cierto, en el mundo de la construcción.

Es lo que ha hecho que Diego Fernández, gerente de Servicios a Socios de la Cámara Chilena de la Construcción, le imprima toda una identidad y una gran cuota de humor a su rutina diaria. “Algunas veces me piden que les lleve café; en otra oportunidad, en la mitad de una reunión en la sala de Directorio de la Cámara, la humita salió disparada”, cuenta entre risas.

Todo empezó hace más de diez años. “Entonces, trabajaba en el sector financiero, que es extremadamente formal. Como en el banco no existían los *casual Fridays*, empecé a ir con humitas esos días, para hacerlos más entretenidos. Me costó encontrar lugares donde las vendieran con algún tipo de diseño, o de colores, que no fueran las típicas de un solo color, hasta que di con unas corbaterías en el centro que tenían algo distinto”.

Pero la colección actual cayó en sus manos por azar. “Hace cinco años estaba en un matrimonio, con una de mis humitas, por supuesto. En la salida de la Iglesia del Liceo Alemán se me acercó una señora muy cordial y me dijo: *Cuando mi papá murió, dejó una gran cantidad de humitas que ocupaba a diario y yo me prometí regalárselas a alguien que las quisiera ocupar*. Me dio su teléfono, la llamé y a la semana siguiente fui a su casa. Conversamos mucho, tomamos té, me contó de su padre, que era el director de la revista Topaze, un hombre muy creativo, comprometido con su trabajo y con un gran sentido del humor. Finalmente me pasó una caja con toda su colección: más de 300 humitas.

De ahí, hay varias que Diego mantiene como si fueran un tesoro. “Uso unas 50 ó 60, el resto son casi una reliquia, con sedas preciosas, pero que ya no se pueden usar. Tengo ganas de hacer un cuadro con ellas, para que no queden en una caja”, cuenta. El resto de su colección la ha ido aumentando en algunas camiserías, en sus viajes y los de sus amigos, que se las traen de regalo.

Como buen coleccionista, conoce sus objetos fetiches y puede aconsejar sobre su uso: “Primero, es mejor tener poca guata, y ojalá cuello. Lo otro es que no hay que usarlas con camisas de cuello Oxford (con botones), ni con bolsillos, ni con mucho diseño. Acá la humita tiene que tener todo el protagonismo, así que es mejor el cuello italiano y los colores lisos”, explica. También recomienda las de tirantes, porque las de barba con acople de metal suelen caerse o... salir disparadas en una reunión. “Pero lo más importante es que hay que estar dispuesto a aceptar que te miren por usarlas, y a recibir un cierto nivel de bromas”, concluye. **EC**